



LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA.

Habian pasado cuarenta dias desde aquel en que, cumpliéndose las profecías, habia nacido en un miserable portal el Hijo de Dios.

La que habia sido concebida sin mancha de pecado, la que tuvo en sus purísimas entrañas al Verbo divino, la elegida por Dios para quebrantar la cabeza de la serpiente, la que debia de ser proclamada Reina de los ángeles, iba al templo, con la humildad de la violeta, á cumplir la ley.

Y sin embargo, María era pura como el aliento de Dios; pero humilde y modesta, no queria diferenciarse de la más pobre y miserable hija del pueblo judío.

La ley mandaba que las que habian sido madres fuesen al templo á purificarse; y María, centro de inmaculada pureza, pero humilde y obe-

diente, iba á cumplir la ley de los hombres siendo Madre de Dios.

En el templo, puesta de hinojos como la última de las siervas, presentó el divino Niño, oyendo de los labios del anciano Simeon la terrible profecía.

«La espada del dolor atravesará tu pecho», dijo el anciano; y María, con la frente serena y la agonía en el alma, estrechó contra su casto pecho á Jesus; y elevando los ojos al cielo, bendijo al Padre y acató su voluntad.

Su corazon de madre latia con violencia á impulso del terrible dolor que le agitaba, y las dos primeras perlas con que se compró la libertad humana, brotaron de sus ojos como precursoras de un cercano raudal.

Aquellas dos sublimes lágrimas,

aquel rocío del cielo, rodó por sus castas megillas, y al evaporarse, dió al envenenado ambiente el primer aroma de perdon.

Salió del templo, y en su piadoso corazon, desgarrado por la reciente pena, rebosaba esa sublime alegría del que va á causar el bien á costa de inagotables martirios.

Ved su humildad sólo comparable á su grandeza; contemplad su abnegacion, inmensa como su valor, para arrostrar los dolores, y con el espíritu elevado al cielo, besad la orla de su manto y ensalza su infinita misericordia.

MANUEL GENARO RENTERO.

CARTAS Á UN NIÑO

SOBRE LA ECONOMÍA POLÍTICA.

(Continuacion.)

III.

Más de una vez y más de dos habrás oído decir que la ociosidad es madre de todos los vicios. Esta proposicion tan sabida puede completarse añadiendo que el trabajo es el padre de todas las virtudes.

Dirigirse á la virtud mediante el trabajo me parece, por lo tanto, que es empresa harto noble, y estudiar el medio de que el trabajo sea productivo, así en el orden material como en el moral, es, como ya sabes, la tendencia de la economía política.

Si el trabajo nos engrandece y moraliza, la ciencia, que marca reglas al trabajo universal, debe tener una gran relacion con la moral

y aún con la ciencia que investiga la verdad, llamada filosofía.

Por eso la economía política no puede considerarse separada de las ciencias morales, pues si en sus medios es pequeña, es grande y noble en sus fines.

Todo esto que tu juvenil inteligencia empieza hoy á conocer, tendrá indudablemente para tí la misma propiedad que para el borracho un vaso de vino: despertarte más la sed. No te asuste, sin embargo, pues aquí estoy yo para tasarte la bebida.

Por el pronto no hay peligro en que sigas bebiendo.

La moral tiene por principal objeto tender á la perfeccion del hombre mediante ciertas prescripciones.

¿Podría ser perfecto, en lo posible, el hombre, desconociendo el trabajo? ¿Quién le proporcionaría el bienestar material? ¿Quién cuidaría de que su desarrollo intelectual se encaminase al bien? Pues si la moral trata de perfeccionar al hombre y la economía le facilita los medios de verificarlo, no sólo ambas ciencias guardan la más estrecha relación, sino que llegan á confundirse en una sola.

La economía política, al analizar lo que pueden los esfuerzos del hombre, demuestra necesariamente la omnipotencia de Dios y contribuye, por decirlo así, al pensamiento del Creador, facilitando la misión de la criatura sobre la tierra.

Luego esta ciencia es esencialmente religiosa. Descendamos ahora un poquito si te place.

¿Crees por ventura que la administración de un Estado, que la política de una nación, puede subsistir sin el apoyo de la ciencia económica? De fijo que no, á muy poco que medites. Para que exista la ciencia de gobernar es preciso que exista algo gobernable. Esta verdad de Perogrullo no será la última que aduzca. Dos personas que no tengan tierras, ¿podrán disputárselas? ¿Deberán escribirse muchas leyes para un pueblo que no existe? ¿Podrá establecerse un ejército sin hombres? ¿Podrá equipársele sin dinero? ¿Podrá alimentársele sin pan? ¿Será fá-

cil legislar sobre la imprenta no habiendo imprenta, ni quien escriba, ni quien sepa leer? De fijo que esta serie de preguntas te haría formar muy mal concepto del que las expusiera con formalidad. Pues si la política no existe sin *lo creado*, la economía que auxilia la producción debe serle del mayor interés. La primera, en una palabra, administra las riquezas que produce la segunda.

¿Quieres otra prueba de la relación de ambas ciencias? Pues imagínate que en un país se promulga una ley disponiendo que cada labrador pague una contribución cuatro veces mayor que su fortuna. La consecuencia inmediata será que los labradores abandonen el cultivo de la tierra. Figúrate que los gobernantes de aquel país, no contentos con aquella alcaldada, imponen igual contribución á los industriales y á los comerciantes, y se cerrarán las fábricas, morirán de miseria los obreros, y en todas las tiendas se verá el papelito de *se alquila*, aunque no es fácil que lleguen á alquilarse. Y si aquellas contribuciones pueden sostenerse durante algunos años, no busques en ningún mapa el nombre del país víctima de las relaciones que existen entre la economía y la política, ó mejor dicho, víctima del abuso por parte de ésta en sus relaciones con aquélla.

La economía política tiene asi-

mismo que guardar no pocas consideraciones de amistad á otra ciencia que se llama la estadística, porque ésta tiene por objeto expresar numéricamente ciertos hechos sociales, con los que comprueba aquélla sus teorías.

Injusto sería, por último, ocultar que la historia ofrece á la economía sus enseñanzas y las ciencias naturales sus verdades, naciendo de esta íntima union y dependencia los hechos comprobados y las verdades axiomáticas.

En mi carta anterior prometí explicarte el verdadero significado de algunas palabras necesarias para saber apreciar los hechos económicos; pero la breve demostracion que he intentado hacer de la relacion de las ciencias me ha ocupado demasiado terreno. Dejando por eso para mi próxima carta el cumplimiento de la promesa que te hice en mi anterior, voy á terminar ésta condensando en un ejemplo la analogía y derivacion de varias ciencias.

El hombre, al considerar su pequeñez y la grandeza de Dios (1), trata de cumplir sus preceptos en su

(1) Religion.

tránsito sobre la tierra; ansía perfeccionarse (1), y para ello acude al trabajo, primera fuente de su bienestar (2). Débil por naturaleza, se asocia con su hermano, crea la familia, inicia la nacion y establece principios que diriman sus mutuas quejas (3); contribuye al sostenimiento de las cargas generales, paga al funcionario que ha de administrar el bien comun y al soldado que abandona sus propios intereses para defender los de la generalidad (4). Satisfechas estas necesidades, trata de averiguar los misterios de la creacion (5); tiende al conocimiento de la verdad (6); estudia lo pasado (7); calcula lo venidero por los ejemplos presentes (8), y adquirida la satisfaccion íntima que engendra el cumplimiento de un deber, vuelve de nuevo el corazon á Dios, que es principio y fin de todas las cosas.

(1) Moral.

(2) Economía.

(3) Legislacion.

(4) Política.

(5) Ciencias naturales, medicina, geografía, etc.

(6) Filosofía.

(7) Historia.

(8) Estadística.

(Se continuará.)

M. OSSORIO Y BERNARD.



CONVERSACIONES DE UN PADRE CON SUS HIJOS

SOBRE HISTORIA SAGRADA.

CONVERSACION PRIMERA.

Vamos á entretener, queridos niños, estas largas horas de invierno, contando algunas historias útiles y agradables para vuestro entendimiento y para vuestro corazón, de modo que se vaya pasando la noche, así, sin sentirlo.—Aquí reunidos, en buena y santa amistad, os iré diciendo poco á poco lo que yo sé y he aprendido de otros, que á su vez me lo han enseñado, ya valiéndose de la palabra, ya de la pluma, en los libros que para este fin dejaron escritos. De vuestra parte, nada más necesito sino que me oigais con atención, dejando los juegos para despues, que os prometo haceros tambien compañíajugando con vosotros.—El objeto de nuestra primera *conversacion*, conferencia, ó como querais llamarla, la *historia*. Pero me preguntareis, ¿y qué es la historia?—Teneis razon en hacerme esta pregunta, y voy á contestaros á ella ahora mismo. La historia,

dor de la antigüedad, diciendo: *que era la gran maestra de los hombres*; pero para vosotros basta que os limiteis á saber que es la narracion de los hechos que han pasado ó están pasando en el mundo en que vivimos. Esta misma ciudad en que habeis nacido, ya supondreis que en un principio no tendria tantas casas como hoy se ven, ni sus hermosos paseos, ni sus grandes ni magníficos edificios, que causan hoy nuestra admiracion, ni el camino de hierro por donde corre todos los dias la veloz locomotora; para que esto se verificase, pasaron años y años, durante los cuales debieron suceder muchos y variados acontecimientos; pues bien, estos son los objetos de la historia, que así se llama tambien al hecho de presentarlos, reunirlos en forma de narracion, escrita ó hablada.—Por aquí comprendereis cuán útil no será el saber todas estas cosas y cuántos beneficios no reportareis al estudiarlos detenidamente. Y si no,

figuraos por un momento que mañana, cuando seais ya unos hombres, llega á esta ciudad un amigo vuestro forastero, que desea recorrerla, y enterarse de todo cuanto notable en ella se encierra. Párase primero ante la magnífica catedral, y os pregunta á quién se debe su fundacion y en qué época fué edificada, y desea saber tambien cuál ha sido el origen del pueblo, con los sucesos más notables que en él han pasado y son dignos de mencion. ¿Y qué respondereis? nada, si no estais enterados de la *historia* de la catedral ó no habeis leído la del pueblo que os vió nacer.

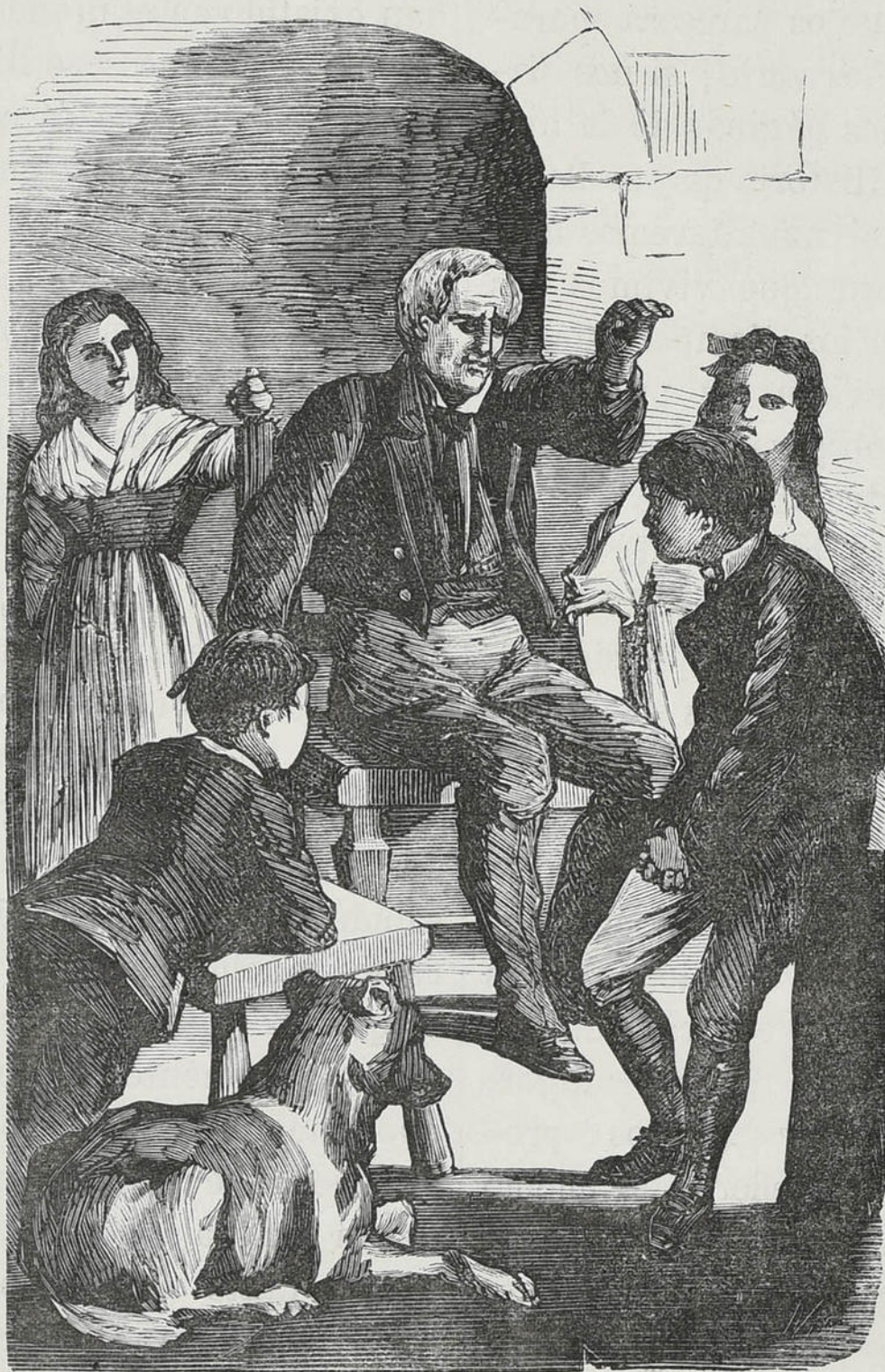
Tambien la historia tiene otro mérito, y es el ser *maestra de la vida*, como ya sabeis; es decir, nos sirve de leccion y enseñanza para evitar muchos peligros, en que otros cayeron, á la vista de las consecuencias terribles que han tenido ciertos y determinados hechos, que efecto, ya de la ignorancia, ya de las bajas y ruines pasiones, han llevado á cabo los hombres de los pasados tiempos. — Hay además otra circunstancia que os debe servir de estímulo para que entreis en deseos de estudiar y conocer la historia, hijos míos, y de oír con atencion las conversaciones que vamos á tener todos los lunes sobre un ramo tan importante de los conocimientos humanos; esta circunstancia es, que cuando hablemos

de los sucesos pasados ocurridos en determinado dia ú ocasion, podremos decir que estamos presentes á ellos, que los vemos, conversando con los héroes que entónces se distinguian por sus famosos hechos. Por ejemplo: hace miles de años que Moisés atravesó con su pueblo, huyendo de la persecucion de Faraon, el mar Rojo, cuyas aguas se separaron para volver á unirse despues y sumergir en ellas á aquel rey con todo su ejército. Pues bien, niños míos, al leer ó recordar esto, parece que asistimos á tan grande acontecimiento de que nos habla la *Historia Sagrada*, remontándonos á tiempos tan lejanos de nosotros. — ¿Y no encontrais esto interesante y admirable? ¿Y no se llena vuestro corazon de alegría al poder contemplar, al traves de tantos siglos, el rostro venerable de Moisés, en cuya frente brilla la señal que le distingue como el escogido de Dios, colocado á la cabeza de los hijos de Israel, animándolos para vencer el peligro que corrian de ser alcanzados por las huestes del vengativo Faraon que los perseguia sin descanso, y que en el momento en que se creia iban á caer en sus manos, el Señor Dios acude presuroso á salvarlos con un milagro de su activa Providencia, separando primero las aguas del mar Rojo para que pasase, como ya habeis oído, el pueblo que Moisés mandaba,

uniéndolas despues cuandola las hues-
tes de aquel rey vengativo y falso
pretendieron tambien seguirlos por
el mismo camino? — Todo esto,
niños mios, que os parecerá mara-
villosa, podemos verlo, si nos pa-
ramos á leer las páginas de la his-
toria y de la Historia que se llama
sagrada. — ¡Así no faltaremos á la
verdad al decir que vivimos dos
veces, una en los tiempos que ya
pasaron y otra en los presentes;
lo cual, como observareis, es alargar
cada vez nuestra vida, que á todos
nos parece tan breve! — Creo que
de esta manera podreis formaros
una pequeña idea de lo que signifi-
ca la historia, y cuál es su impor-
tancia y la conveniencia de su es-
tudio. Convencidos de esto, veamos
en cuántas clases puede dividirse la
historia, ó lo que es lo mismo, qué
clase de sucesos ó acontecimientos
suele contarnos y encerrar en sus
narraciones. En primer lugar,
aquellos pueden ser sagrados ó pro-
fanos, segun se refieran al pueblo
de Dios, y están descritos en el li-
bro más antiguo del mundo, que se
llama la Biblia, por su autor Moi-
sés, varon justo é inspirado, de
quien hablaremos más adelante en
el discurso de estas conversaciones,
ó se ocupan sólo de las vicisitudes,
hechos y trasformaciones de los
pueblos, contadas por los hombres
sin la intervencion directa de la
divinidad. — La historia profana se

divide tambien en varias clases,
porque puede comprender á muchas
naciones, como España, Francia ó
Italia, ó todas cuantas existen ó
han existido en el mundo que habi-
tamos, y entónces se llamará uni-
versal; y referirse á una sola de
aquellas naciones, y en este caso
recibirá el nombre de particular.
No son estas, queridos hijos mios,
más que unas ligerísimas ideas so-
bre el objeto de nuestras conversa-
ciones que iremos ampliando más
en lo adelante; así, pues, la *His-
toria Sagrada*, que va á ser por
donde demos comienzo, es la his-
toria por excelencia, puesto que ha
sido dictada por el mismo Dios y se
contiene en las Escrituras, demos-
trando en todas sus páginas su po-
der y misericordia, á la vez que su
sabiduría y su justicia. En ella ve-
remos muchos ejemplos que imitar,
y que yo procuraré reseñaros lo
más brevemente posible. Espero
que me prestareis toda vuestra
atencion: revestiré mis relaciones
de un lenguaje ameno y entrete-
nido y tanto cuanto yo pueda ha-
cerlo; nos figuraremos que estamos
contando un cuento, sólo que los
personajes de estos cuentos no serán
inventados, sino muy reales y ver-
daderos; en lo cual iremos ganando,
y no poco, pues así el tiempo em-
pleado será provechoso para vuestra
instruccion, consiguiendo de este
modo enriquecer con sólidos cono-

cimientos vuestro entendimiento.-- Veo que estais fatigados, y voy á dar fin y término á esta conversacion primera, que no ha sido otra



cosa mas que una muy sencilla introduccion á la tarea que nos hemos propuesto.—Hasta el lunes, pues, que volvamos á seguirla con la ayuda de Dios nuestro Señor.

R. SEGADE CAMPOAMOR.



MISTERIOS DE LA CUNA.

Sólo turba el silencio de la noche
 El dulce arrullo de la casta fuente
 O el de la flor al ocultar su broche;
 La luna allá pendiente
 En la bóveda azul, pálidamente
 Las tinieblas destierra
 Iluminando sus lucientes rayos
 El hondo valle y la empinada sierra.
 Revueltos pabellones
 De celestes y débiles crespones
 Quiebran los rayos de la blanca luna
 Que penetrar pretenden
 En el nevado fondo de una cuna.
 Sobre su lecho blando,
 En tranquilo reposo
 Duerme un hermoso niño, tan hermoso
 Como el querube que le está velando.
 Cuando del aura el perfumado beso
 Riza el cabello que en su blanca frente
 Descansa dulcemente

Bajo su propio y delicado peso,
 Aquella blonda y rubia cabellera,
 Aquellos tan rizados
 Luengos bucles dorados
 Al azar esparcidos
 Sobre su seno breve,
 Parecen crenchas de oro
 Perdidas en el fondo de la nieve.
 El disco de la luna
 De un balcon en los vidrios se retrata,
 Y en efluvios de plata
 Baña los pabellones de la cuna,
 Hiriendo débilmente
 Del niño hermoso la azulada frente.
 Una dulce sonrisa de cariño
 Dibújase en los rojos
 Y frescos labios del dormido niño,
 Los ojos abre y á la luna mira,
 Tristemente suspira
 Y á cerrar vuelve sus hermosos ojos.

Auras fragantes que volais cantando,
 Brisas galanas que volais gimiendo,
 Angeles bellos que le estais velando,
 Guardad silencio porque está durmiendo;
 Cuidad que no despierte
 De la imágen hermosa de la muerte.
 Silencio: de sus labios
 Escápase un gemido
 Triste, como el lamento
 Que lanza en queja el ruiseñor al viento
 Cuando le roban su preciado nido.
 Niño, ¿por qué suspiras?
 ¿Deliras? Sí, deliras.
 Tal vez, acaso en la crüel quimera
 De tu sueño profundo
 Ves, como el ruiseñor, tu pecho herido
 Al arrancarte la verdad del mundo
 De tu inocencia el sacrosanto nido.
 ¿Qué dicen, niño hermoso,
 Tus balbucientes labios?
 ¿Quieren cantar el porvenir glorioso
 Que el mundo te reserva, ó los agravios?
 No entiendo frase alguna
 De tu boca. ¡Misterios de la cuna!
 ¡La cuna! ¿Y qué es la cuna? ¿Es solamente
 Modesto canastillo
 De blanco mimbre, de grosero leño,
 O regio lecho de dorado brillo,
 Consagrado á guardar de un niño el sueño?
 No, que tampoco es el sepulcro helado,
 Mera fosa en la tierra,
 O sarcófago regio levantado
 Sobre mármol dorado
 Que las cenizas del humano encierra;

Y si la tumba fria
 Grandes problemas en su centro aduna,
 ¡Tambien grandes misterios
 Guarda en su seno el fondo de una cuna!
 ¡Ah! ¡Quién pudiera verte
 De tu inmenso misterio despojada!
 Feliz aquel que á penetrar acierte
 La verdad descarnada
 Que en tus sombras se anida....
 ¡Quién sabe si es la cuna
 Lecho fatal de transitoria muerte
 Do se purgan pecados de otra vida!

Duerme, niño del alma;
 La noche te convida con su calma,
 Con su aroma las flores,
 Con su arrullo la fuente,
 Sutil la brisa con su fresco ambiente.
 Y Febea gentil, con sus amores.
 Sigue: sigue durmiendo, niño hermoso,
 Sueña, prenda querida,
 Que aunque sufras un sueño doloroso,
 Siempre será mejor que el de la vida.
 Mientras, yo velaré, pues tengo empeño
 En ver si puedo descifrar tu sueño....
 ¡Tu sueño descifrar! Vana quimera
 Es pretender el que la mente humana
 Penetrando del cielo en la alta esfera
 Rompa un misterio que de Dios dimana,
 Pues El sólo rasgar puede una á una
 Las sombras misteriosas de la cuna!

JAVIER SORAVILLA.

LA ENVIDIA.

Es una de las primeras y más
 frecuentes inclinaciones que se des-
 piertan en la infancia la innoble y
 repugnante pasión de la envidia, y
 sus efectos son de tal trascendencia,
 que, trasformándose despues con

otros disfraces análogos, aunque di-
 ferentes, produce el encono, la co-
 dicia, el odio y la venganza.

Muchas veces la indiscreta pre-
 dileccion con que los padres consi-
 deran á alguno de sus hijos, ya por

los atractivos de su belleza física, ya por su carácter cariñoso, dócil y obediente, ó por la precocidad de su inteligencia, suele ser el motivo ocasional de que algun otro se considere humillado en su amor propio, y labrando lentamente en su imaginacion esta idea, se haga adusto, desaplicado, terco é iracundo.

La envidia en este caso toma proporciones incalculables, y como por desgracia del que la experimenta no menoscaba en lo más mínimo la dicha de los demas, resulta que el perjuicio que ocasiona, es única y exclusivamente subjetivo contra aquel que se deja avasallar por ella.

Las cualidades de bondad de carácter, los sentimientos morales del amor y de la benevolencia pierden su brillantez, y la educacion más esmerada se rebaja ante el dominio exclusivo de una pasion tan fuerte.

El envidioso huye de sus semejantes, se aparta de los compañeros de sus juegos infantiles, siempre con el temor de encontrar rivalidades que le ofenden; es poco expansivo y comunicativo hasta con otros niños que le agasajan, entretienen y obsequian; y en el porte, en los trajes, en la elegancia y las maneras de sus mismos compañeros, siempre encuentra motivos de emulacion y de censura.

El niño y el adulto en estas condiciones, colocado en la sombra como la Providencia le coloca, su-

friendo amarguras que se busca, y rechinando los dientes á la menor apariencia de la felicidad ajena, es un desgraciado que sólo inspira el desprecio de los buenos y ni siquiera la compasion de los amigos.

El tédio, la tristeza y despues la enfermedad consumen lentamente una existencia que se hace incapaz para todo estudio, para todo adelanto en el porvenir, para toda accion noble, digna, generosa y desinteresada; empleando sin embargo la simulacion ó hipocresía, que es tributo que siempre rinde el vicio á la virtud, elogian los progresos que hacen en su carrera sus hermanos ó sus compañeros; pero aquella espina que emponzoña su corazon le hace odiar en secreto á los que más se distinguen en las asignaturas que con ellos cursa.

Nada escapa á la mirada escrutadora del envidioso, que procura con avidez investigar todo lo que más le atormenta; y el mérito, la aplicacion, el premio y la alabanza de que se hace digno el niño ó el jóven estudioso y ejemplar no pasa inadvertido, y tortura, y fomenta y desenvuelve en su espíritu, no esa emulacion noble de imitar su ejemplo, que sería muy laudable, sino la pérfida envidia que, como dejamos indicado, se trasforma despues en odio, en aborrecimiento, y excita otra pasion no ménos terrible: la venganza.

Bien puede asegurarse que no hay ni ha habido nunca un criminal en el mundo que en su infancia haya dejado de ser envidioso.

Ante esta asercion, por atrevida que parezca, es indispensable vigilar mucho las primeras inclinaciones de la niñez, y en cuanto se advierta el menor indicio de mirar con despego á otros de sus hermanos ó compañeros, procurar halagarlos con cariño, estimulándolos á imitar á los que les puedan servir de ejemplo, alejar toda idea de predileccion ó de parcialidad, que sin género de duda les hiere, y reconvénirlos más tarde, cuando su edad permita ciertos razonamientos y consejos, de haber dado entrada en su corazon á un defecto tan ruin y miserable, que envilece al sér inteligente y le degrada. Hacerles ver los males físicos y morales que la envidia ocasiona, sin quebranto alguno del objeto que la produce, los

disgustos y sinsabores que acarrea, las pasiones funestas que despierta, los extravíos á que conduce, y las consecuencias á que en último término arrastra, si muy á tiempo no se impide su invasion y desarrollo.

Tarea es esta que no puede imponerse á los niños, sino á sus padres ó encargados de dirigir su educacion y enseñanza, quienes deben fijarse en este cuadro á grandes rasgos trazado, y cuyos detalles basta una mediana lógica para desentrañar; á fin de que, por aquellos medios que su celo les sugiera, hagan por grabar en el sencillo cuanto inocente corazon de los niños las máximas de la virtud, como escudo contra las asechanzas del vicio, y que cimentadas con solidez, hacen al hombre dichoso en la opulencia, resignado y sufrido en la adversidad y en la desgracia.

MANUEL JOAQUIN PASCUAL.

Enero, 1879.

PENSAMIENTOS MORALES.

Así como ántes de sembrar una tierra se arrancan de ella las malas yerbas que agotan su sávia y ahogarian las buenas semillas, es necesario comenzar por destruir las ideas falsas.

Karr.

El único medio de borrar una injuria, es olvidarla.

Solon.

Yo me he arrepentido muchas veces de haber hablado, jamás de haber callado.

Xenócrates.

La verdad adelgaza y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira como el aceite sobre el agua.

Cervantes.

EL MONO Y EL CERDO.

FÁBULA.

Un cerdo, contemplando las *monadas*
Que un mono estaba haciendo todo el día,
Dió, envidioso del mono, en la manía
De imitarle en sus gracias extremadas;
Y despues de un ensayo repetido,
Cuando llegó el momento,
Sólo encontró talento

Para lanzar descomunal gruñido.
Esto demostrar quiere
Lo que está há mucho tiempo demostrado;
Que no es bueno jamás lo parodiado,
Y aquel que nace cerdo, cerdo muere.

CÁRLOS AGUIRRE.

EL CERCADO AJENO.

Pedro y Antonia eran felices.

Tenian seis pares de mulas, muchas tierras de pan llevar, no pocos olivos y buena cantidad de cepas.

Eran los más ricos del pueblo y pasaban una gran vida.

Peró como todo en la tierra es incompleto, su felicidad tenía una nubecilla.

Esta nubecilla era Andresito, el chico más travieso y más malo que Dios echó al mundo.

Y aún lo de travieso hubiera podido perdonársele, porque todos los muchachos son enredadores generalmente, y luégo se corrigen con los años.

Peró Andresito era algo más que enredador: tenía un defecto que, á

no corregirse á su debido tiempo, podría llegar á convertirse en hábito criminal.

El defecto de Andresito, defecto que empañaba el claro sol de la felicidad que sus padres gozaban, era su manifiesta tendencia á apoderarse de lo ajeno.

Desde su más tierna edad, habia dado el tal chico en ser un ladronzuelo, y por más que hacian sus maestros y sus padres no habian conseguido corregirle.

En la escuela era el demonio: robaba al maestro, robaba á sus compañeros, robaba á todos, y todo lo que estaba á su alcance.

Era una especie de urraca: todo lo que veia lo cogia inmediatamente, y siempre estaba su casa llena

de peones, pelotas y otra porcion de cosas, fruto de su desmedida aficion al merodeo.

Sus padres le daban cada paliza que le hundian; pero el chico erre que erre, dale que dale, no se corregia por más que hacian para conseguirlo.

Uno de los teatros de sus hazañas era la despensa de su casa.

El dia en que por descuido la dejaban abierta, era fiesta para él.

Robaba un chorizo, un pedazo de jamon, una tajada de pescado; todo, en fin, lo que habia á la mano, y despues se marchaba tranquilo y satisfecho á ocultar en un rincon los frutos de su rapiña.

Así fueron pasando los años, y Andresito fué creciendo y llegó á cumplir once primaveras.

Sus mañas, léjos de disminuir, aumentaban de dia en dia, y no pasaba uno sin que diera algun disgusto á sus padres.

Estos apuraban todos los medios para corregir las inclinaciones de su hijo, y unas veces dándole todos los gustos que queria, otras empleando la severidad, procuraban destruir en Andrés el gérmen del latrocinio.

Pero el muchacho se habia empeñado en ser un ratero, y no habia quien le hiciera entrar en vereda.

Despues de haber llevado á cabo una porcion de hazañas, se propu-

so el chico dar más impulso á sus *aficiones* y continuar sus robos en mayor escala.

Por el pronto, no se le ocurrió ninguna idea que llenase por completo sus deseos; pero despues de muy maduras reflexiones, concibió un proyecto, magnífico á su parecer.

Hé aquí lo que ideó:

A un cuarto de legua del pueblo próximamente habia una hermosa posesion, propiedad de un conde muy rico.

Andresillo, que en más de una ocasion habia estado en ella, sabía que abundaba en árboles frutales, y decidió irse á robar frutas.

No bien lo habia pensado empezó á ponerlo en práctica, y salió de su casa con las manos metidas en los bolsillos, cantando como un jilguero y tan tranquilo como el que va á misa.

Satisfecho de sí mismo, llegó á la posesion, que estaba cercada, y despues de dar muchas vueltas consiguió encontrar un trozo de pared caido, por el cual se metió como Pedro por su casa.

Una vez dentro, quitándose la chaqueta para estar más desembarazado, empezó á gatear de árbol en árbol, y aquí una manzana, allí una pera, más allá un melocoton, se puso el chico como nuevo.

Ya se habia apoderado de una buena cantidad de frutas, y contento

de sus hazañas pensaba retirarse, cuando distinguió á lo léjos un hermoso manzano que le convidaba con sus encarnados frutos. Pues señor (dijo Andrés en cuanto le vió), no pensaba coger más; pero ¿quién se va de aquí sin una manzanita de aquellas tan hermosas? Nada, nada: tomaré tres ó cuatro y en seguida á casa, que ya se va haciendo tarde y van á notar mi falta.

Dicho esto, dejó en el suelo su chaqueta y sobre ella lo que ántes habia robado; se fué en direccion al manzano, y en cuanto llegó á él, encaramóse hasta sus últimas ramas á fin de coger las manzanas más hermosas.

Despues de haberse apoderado de unas cuantas, empezó á bajar del árbol muy contento; pero al llegar al suelo, se halló con lo que no esperaba.

Un perrazo, —así al ménos le pareció, —venia hácia él ladrando furiosamente, y en cuanto llegó adonde estaba el ladronzuelo, se agarró á él sin pedirle licencia.

El chico, al sentir en cierta parte de su individuo los afilados dientes del perro, tiró al suelo las frutas y trató de escapar, dejando ántes entre los dientes del can un buen pedazo de pantalon.

Pero estaba de Dios que aquella tarde le salieran mal las cuentas á Andresillo, y no se habia aún des-
embarazado del perro cuando sintió

que le largaban un soberbio pescozon, y se halló de manos á boca con el guarda encargado de cuidar la posesion aquella.

—¿Con que te has dedicado á robar en cercado ajeno, pícaro? le dijo el guarda.

Andrés se quedó como quien ve visiones y con los ojos fijos en el suelo mirando á sus piés lo que habia robado, escuchó el sermon del guarda, llevándose de vez en cuando la mano á la parte dolorida.

El perro entre tanto, comprendiendo que nada tenía que hacer allí, habíase echado tranquilamente á los piés de su amo, dispuesto á abalanzarse á Andresillo á la menor señal.

El guarda, despues de una buena reprimenda acompañada de algunos torniscones, cogió á Andresito de una oreja y de esta manera le hizo entrar en el pueblo, diciendo á todos los que encontraba, el por qué de llevarle así.

Cuando llegó á la casa de los padres del chico contóles la aventura, y éstos dieron á Andresillo una soberana paliza, y le castigaron á pan y agua durante un mes.

La noticia cundió por el pueblo y nadie queria juntarse con él; todos le despreciaban, y cuando venia por una calle se iban por la otra, llamándole ladron.

Andresillo entónces experimentó lo que nunca habia sentido: se aver-

gonzó de sus faltas é hizo propósito de enmendarse.

Hoy Andresito es ya un hombre y se halla completamente curado de sus antiguos hábitos; pero la aven-

tura del guarda no se le ha ido de la memoria, y siempre que ve manzanas se acuerda de los mordiscos del perro y de la paliza que sus padres le dieron.



Ahora, para concluir: si por casualidad conoceis á algun niño que tenga las mañas de Andresito, decidle que no se olvide nunca de que á los ladrones se les castiga; que tengan siempre presente que el robo

es un delito y que trae muy malas consecuencias, como le sucedió á Andresillo por querer robar manzanas en cercado ajeno.

VENTURA MAYORGA.

Enero, 1879.